

BIBLIOGRAFIA

Por último, encontramos un índice de todos los fragmentos ordenados dentro de sus títulos.

Al fin de la obra, aparecen dos tablas que relacionan las Novelas, el *Authenticum* y la *Collatio* de las «auténticas».

EMILIO VALIÑO

Histoire spirituelle de la France. Spiritualité du Catholicisme en France et dans les pays de langue française des origines à 1914, I vol. de X + 398 págs., París, Beauchesne, 1964.

Un libro como *Histoire spirituelle de la France* —integrado en uno más vasto, *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*—, en que sus diferentes capítulos han podido ser escritos por especialistas, es una prueba de la madurez alcanzada por la historiografía eclesiástica francesa. Jacques Fontaine (*Antiquité chrétienne*); Jean Leclerq (*Le haut moyen âge: Introduction y Spiritualité monastique du 6ème au 12ème siècle*); Pierre Riché: (*Le haut moyen âge: Vie spirituelle aux 6ème - 8ème siècles y Vie spirituelle des laïcs du 9ème au 12ème siècles*); Edmund René Labande (*Les 13ème et 14ème siècles*); Francis Rapp (*Le 15ème siècle*); Jean Pierre Massaut (*Le 16ème siècle: L'humanisme au début de siècle*); Michel de Certeau (*Le 16ème siècle: La réforme dans le catholicisme*); Jean Orcibal (*Le 16ème siècle: Vers l'épanouissement du 17ème siècle —1580-1600—*); Jacques Le Brun (*Le grand Siècle de la spiritualité française et ses lendemains*); André Rayez (*De la révolution au début du 20ème siècle*) y Jacques Lewis (*Canada français*).

Como expone Labande en un sagaz prólogo, en el que la diferencia entre sentimiento religioso y espiritual se precisa con nitidez, la obra es presentada no como una historia de las doctrinas espirituales, sino «como un esquema de la vida religiosa y espiritual, en el que se desea exponer las zonas conocidas y señalar los temas aún por investigar». El objetivo es plenamente alcanzado; incluso rebasado por algunos autores que van más allá de un estado de la cuestión e incorporan a sus estudios investigaciones aún inéditas.

La desproporción de las diversas partes de la obra —más de la mitad de sus páginas se dedican a los siglos XVI - XIX— no obedece como causa principal a la desigualdad del conocimiento entre los tiempos antiguos y los modernos, sino al cri-

terio de los directores de dar mayor relieve a los últimos capítulos del acontecer histórico. La unidad metodológica y temática permanece, sin embargo, invariable a lo largo de todo el estudio.

La mayor novedad que para el lector español presenta la obra comentada es acaso la consideración del siglo XIX como una época de pujanza —incluso de esplendor— de la espiritualidad católica. El viejo cliché, tan arraigado en nuestras historias, de una centuria infecunda para las iniciativas cristianas es sustituido por una imagen más optimista, y, acaso también, más válida y universal. Como no se cansó de repetir un autor alejado de todo extremismo —Daniel Rops— la raza de los aventureros de Cristo dio en el Ochocientos algunos de sus más señeros arquetipos. El material que sirvió para componer la figura de un siglo XIX anticristiano provino de atender únicamente al volumen —en verdad, no muy robusto— de la apologética escrita sin comprender —como advirtió Pourrat— que la espiritualidad cristiana estuvo durante toda la centuria más presente en las obras que se realizaban por doquier que en los libros que no había tiempo de escribir.

Pero incluso en este terreno de la apologética y publicística cristianas no debe magnificarse el vacío dejado por el XIX. La difusión de los grandes autores del «gran siglo de las almas» —San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, Bossuet, etc.— fue muy amplia, extendiéndose su radio de influencia —por la ampliación de la enseñanza— a zonas populares, que hasta entonces habían permanecido al margen del apostolado escrito. Las ediciones de los textos del XVII —aparte de la Biblia y del Kempis, que siguieron siendo los libros más leídos en los países de lengua francesa— alcanzaron, por editores particulares, cifras altísimas. Los propios escritores decimonónicos celebraron asimismo un elevado índice de tirada.

El intenso movimiento misionero surgido en esta centuria por obra principalmente de hombres y mujeres francesas, la proliferación de institutos y órdenes religiosas en el mismo país, la madurez de muchas realizaciones sociales católicas, etc., ahorran sin duda la necesidad de toda prueba del vigor del catolicismo galo.

En la misma línea reivindicativa de los valores religiosos de la Francia decimonónica se sitúa la atención prestada por Ra-

yer a Lamennais y al movimiento del que fue creador y caudillo durante un tiempo. El autor del «Ensayo sobre la indiferencia» comprendió, antes de plantearse el problema en toda su extensión y crudeza, que si el mundo salido de la revolución tenía que bautizarse en la fe de Cristo, la Iglesia, en su cabeza y miembros, debería hallarse en las avanzadas del pensamiento y la ciencia. «Felicidad de Lamennais — escribe Rayer — presintió el drama: encerrados en su peligrosa ignorancia, ¿los católicos no vivirían al margen del pensamiento francés y, sobre todo, del extranjero?». Intereses temporales y una conciencia histórica poco desarrollada en las cabezas dirigentes de la Cristiandad impidieron que la semilla de Lamennais y de algunos otros católicos clarividentes fructificase, no sólo a escala francesa, sino también a medida occidental.

Uno de los mayores aciertos de la obra reseñada es el estudio de la espiritualidad en todos los estamentos y clases de la sociedad gala. Tanto en la medieval o en la antigua como en la del Antiguo régimen y la época postrevolucionaria. No obstante, el análisis sobre el XIX se desliza casi exclusivamente por las capas de las minorías dirigentes e intelectuales, cometiendo un error de perspectiva muy frecuente en los historiadores de las ideas. Pero si en toda reconstrucción del pasado el atribuir a los hombres del pensamiento el protagonismo y la trascendencia más relevantes es casi siempre inexacto, en la vida religiosa, aquella que se gesta y discurre en las fibras más sensibles y ocultas del alma, tiene mayor dosis de falsedad. Dejándose llevar por testimonios posteriores de críticos sugestionados por la magia del estilo y la vastedad del talento de Chateaubriand, Rayer atribuye a su «Genio del Cristianismo» una trascendencia en la espiritualidad francesa que estuvo, en realidad, lejos de ser alcanzada por el escritor bretón; al menos, una vez desaparecidas las circunstancias que contribuyeron a su éxito inicial. Comparar la repercusión de la famosa obra con la producida por la firma del Concordato napoleónico resulta, sin duda, excesivo.

Los reparos al aspecto formal del libro glosado pueden reducirse a su confuso sistema de citas, que tal vez venga obligado por la misma índole de la publicación.

En cuanto al fondo, son algo más numerosos. Hubiera sido conveniente haber es-

tudiado con mayor precisión las repercusiones del esplendor y ocaso de las órdenes religiosas en la espiritualidad, con particularidad en la Edad Media, en donde por la sacralización del mundo intelectual y la ausencia de un apostolado seglar, el influjo de aquéllas se evidenciaba con mayor fuerza que en épocas posteriores.

El paso de la espiritualidad medieval a la «devotio» moderna, así como las corrientes que influyeron en él, tampoco se estudia suficientemente, no aprovechándose los juicios de algunas de las obras citadas en el aparato bibliográfico.

La afirmación del prologoísta de la imposibilidad de ningún juicio sobre el reflejo de la espiritualidad en las bellas artes de una época a causa, especialmente, de estudios solventes acerca del tema, olvida muchos elementos que avalan un juicio opuesto.

Por último, en estas reservas sobre algunos de los aspectos analizados en la obra, la práctica de los retiros como una de las fuentes más vivas de la espiritualidad decimonónica no es debidamente valorada. La finalidad política, en el estudio que se hace de ellos, de los congresos eucarísticos organizados por el episcopado francés a fines de la centuria pasada es también olvidada.

En las cartografías del XVIII se suprimieron, en aras de un mejor conocimiento del planeta, todos aquellos puntos que parecían oscuros o dudosos. El ejemplo no encontró paralelo en el terreno de la historia, en el que sus cultivadores seguirían paralizados por un temor invencible al vacío en la reconstrucción del pasado. El rasgo sin duda más esperanzador y positivo del libro comentado consiste en señalar, sin paliativos, las grandes zonas aún inexploradas por los estudiosos de la historia religiosa. Es una buena dirección.

JOSÉ MANUEL CUENCA

LEÓN DEL AMO, *Judiciarum serva ordinem*, I vol. de 114 págs., edición aparte de «Revista española de Derecho Canónico», Salamanca, 1964.

El trabajo de Mons. del Amo era preciso. La falta de publicación, en exposición sistemática, de las decisiones de la Sagrada Rota de la Nunciatura Apostólica en España, reclamaba la necesidad de monografías como la recibida. En esta ocasión, aunque reducida al ámbito procesal, se nos